

Me llamo Lucy Barton

NEFELIBATA



ELIZABETH STROUT
Me llamo Lucy Barton

Traducción de Flora Casas



Duomo ediciones

Barcelona, 2016

*Para mi amiga
Kathy Chamberlain*

Hubo una época, hace ya muchos años, en la que tuve que estar en el hospital durante casi nueve semanas. Era en Nueva York, y por la noche tenía desde mi cama una vista clara, justo enfrente, del edificio Chrysler, con su esplendor geométrico de luces. Durante el día la belleza del edificio se atenuaba, poco a poco se convertía simplemente en una gran estructura más recortada contra un cielo azul, y todos los edificios de la ciudad parecían distantes, silenciosos, remotos. Era mayo, pasó junio, y recuerdo que miraba la acera desde la ventana y observaba a las mujeres jóvenes –de mi edad– que habían salido a comer, con su ropa primaveral: veía sus cabezas mo-

verse mientras hablaban, sus blusas ondeantes con la brisa. Pensé que cuando saliera del hospital no volvería a andar por la calle sin dar las gracias por ser una de aquellas personas, y lo hice durante muchos años, recordar la vista desde la ventana del hospital y alegrarme por la acera por la que andaba.

Al principio fue una cosa sencilla: ingresé en el hospital para que me extirparan el apéndice. Después de dos días empezaron a darme de comer, pero no podía retener nada. Y de repente se presentó la fiebre. No fueron capaces de aislar ninguna bacteria ni de explicarse qué había salido mal. Ni entonces ni nunca. Tomaba líquidos por una vía intravenosa y antibióticos por otra. Iban sujetas a un palo metálico con las ruedas flojas que podía arrastrar de un lado a otro, pero me cansaba en seguida. Fuera cual fuese el problema que se había adueñado de mí, desapareció a principios de julio, pero hasta entonces me encontraba en un estado muy raro –literalmente una espera febril–, y angustiada de verdad. Tenía marido y dos hijas pequeñas en casa, echaba terriblemente de menos a las niñas y llegué a temer que la preocupación por ellas me pusiera más enferma. Cuando mi médico, por el que sentía un profundo afecto –era un judío de mofletes caídos que llevaba una delicada tristeza a sus espaldas, cuyos abuelos y tres

de sus tías habían muerto en los campos de concentración, según le oí contarle a una enfermera, tenía una esposa y cuatro hijos mayores aquí, en Nueva York—, ese hombre tan encantador creo que sintió lástima por mí y se encargó de que mis niñas —tenían cinco y seis años— pudieran ir a verme si no tenían ninguna enfermedad. Las llevó a mi habitación una amiga de la familia, y vi que tenían la carita sucia, y también el pelo. Entré con ellas en la ducha, empujando el aparato de las vías, pero gritaron: «¡Qué flaca estás, mami!». Estaban realmente asustadas. Se sentaron conmigo en la cama mientras les secaba el pelo con una toalla y después se pusieron a dibujar, pero con miedo, quiero decir, que no se interrumpían cada dos por tres para decir: «Mami, mami, ¿te gusta esto? ¡Mami, mira el vestido de mi princesa!». Hablaron muy poco. Sobre todo la pequeña parecía incapaz de decir palabra, y cuando la rodeé con mis brazos vi que sacaba el labio inferior y le temblaba la barbilla: era una criaturita que intentaba con todas sus fuerzas ser valiente. Cuando se marcharon no me asomé a la ventana para verlas andar por la calle con la amiga que las había traído y que no tenía hijos.

Mi marido, desde luego, estaba muy liado entre llevar la casa y hacer su trabajo y no solía tener la oportunidad de venir a verme. Cuando nos conoci-

mos me dijo que detestaba los hospitales –su padre había muerto en el hospital cuando él tenía catorce años–, y empecé a comprender que lo decía en serio. En la primera habitación que me asignaron había una anciana moribunda a mi lado que no paraba de gritar pidiendo ayuda. Me impresionó la indiferencia de las enfermeras mientras la mujer gritaba que se estaba muriendo. Mi marido no podía soportarlo –quiero decir que no soportaba ir a verme allí– y consiguió que me trasladaran a una habitación individual. Nuestro seguro médico no cubría semejante lujo, y cada día de hospitalización era una sangría para nuestros ahorros. Agradecí no volver a oír los gritos de aquella pobre mujer, pero me habría dado vergüenza que alguien hubiera sabido hasta qué punto llegaba mi soledad. Siempre que venía una enfermera a tomarme la temperatura, yo intentaba que se quedara unos minutos, pero las enfermeras tenían mucho que hacer y no podían perder el tiempo hablando.

Una tarde, unas tres semanas después de que me ingresaran, al apartar la mirada de la ventana vi a mi madre sentada en una silla al pie de la cama.

–Mamá –dije.

–Hola, Lucy –dijo ella, en un tono de voz tímido pero imperioso. Se inclinó hacia delante y

me apretó un pie por encima de la sábana—. Hola, Pispajo —dijo.

Llevaba años sin ver a mi madre y no podía dejar de mirarla. No sabía por qué parecía tan distinta.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, mamá? —le pregunté.

—Pues en avión. —Movié los dedos, y comprendí que eran demasiadas emociones para nosotras, así que yo también la saludé con la mano, sin incorporarme—. Creo que te pondrás bien —añadió, con el mismo tono tímido e imperioso a la vez—. No he tenido sueños.

Que estuviera allí y me hubiera llamado por mi mote, que no oía desde hacía siglos, me dio una sensación cálida, como de estar llena de líquido, como si toda mi tensión hubiera sido algo sólido y ya no. Solía despertarme a media noche y después dormitaba a ratos, o miraba con los ojos como platos las luces de la ciudad. Pero aquella noche dormí sin despertarme, y por la mañana mi madre seguía sentada en el mismo sitio que el día anterior.

—No importa —dijo cuando le pregunté—. Ya sabes que no soy de mucho dormir.

Las enfermeras se ofrecieron a llevarle una cama plegable, pero ella negó con la cabeza. Cada vez que una enfermera le ofrecía una cama, ella negaba con

la cabeza. Dejaron de preguntarle pasado un tiempo. Mi madre se quedó conmigo cinco noches, y no durmió sino en la silla.

El primer día entero que pasamos juntas mi madre y yo hablamos a ratos; creo que ninguna de las dos sabía qué hacer. Me hizo varias preguntas sobre mis niñas, y yo le contesté notando calor en la cara.

–Son increíbles –dije–. Increíbles, de verdad.

No me preguntó por mi marido, aunque, como me contó él por teléfono, había sido él quien la había llamado para pedirle que viniera a quedarse conmigo, quien le había pagado el billete de avión, quien se había ofrecido a recogerla en el aeropuerto, a mi madre, que hasta entonces nunca había subido a un avión. A pesar de que mi madre dijo que tomaría un taxi, a pesar de que se negó a verlo cara a cara, mi marido le dio indicaciones y dinero para que viniera a verme. En aquellos momentos, sentada en una silla al pie de mi cama, mi madre tampoco dijo nada de mi padre, y yo tampoco dije nada sobre él. Deseaba que dijera «tu padre espera que te mejores», pero no lo hizo.

–Mamá, ¿te dio miedo subirte a un taxi?

Vaciló, y me dio la impresión de ver el terror que debió de invadirla al bajar del avión, pero contestó:

–Tengo boca, y para algo tenía que servirme.

Pasados unos momentos dije:

–Me alegro mucho de que estés aquí.

Sonrió brevemente y miró hacia la ventana.

Era a mediados de los ochenta, antes de los teléfonos móviles, y cuando sonaba el teléfono beis de al lado de mi cama y era mi marido –estoy segura de que mi madre se daba cuenta, por mi tono lastimero al decir «hola», como si fuera a echarme a llorar–, se levantaba silenciosamente de la silla y salía de la habitación. Supongo que en esos intervalos iba a la cafetería a comer, o llamaba a mi padre desde un teléfono público del vestíbulo, porque nunca la vi comer y porque me imaginaba que mi padre se preocupaba por su seguridad –que yo supiera, no había ningún problema entre ellos–, y después de hablar con las niñas por separado y de besar una docena de veces el micrófono del teléfono, recostarme sobre la almohada y cerrar los ojos, ella debía de volver a la habitación sin hacer ruido, porque cuando abría los ojos ya estaba allí.

Aquel primer día hablamos de mi hermano, el mayor de los tres, que seguía soltero y vivía en casa de mis padres, a pesar de tener treinta y seis años, y de mi hermana, también mayor que yo, que tenía treinta y cuatro y vivía a quince kilómetros de mis padres, con su marido y sus cinco hijos. Pregunté si mi hermano tenía trabajo.

–No tiene trabajo –contestó mi madre–. Pasa la noche con cualquier animal que vayan a matar al día siguiente.

Le pregunté qué había dicho, y repitió lo que había dicho:

–Pasa la noche con cualquier animal que vayan a matar al día siguiente. –Y añadió–: Va al establo de los Pederson y duerme al lado de los cerdos que van a llevar al matadero.

Me sorprendió escuchar esto y se lo dije. Mi madre se encogió de hombros.

Después hablamos de las enfermeras, y mi madre les puso motes inmediatamente: Galletita a la delgadita que era seca de sentimientos, Dolor de Muelas a la angustiada, mayor que Galletita, y Niña Seria a la mujer india que nos caía bien a las dos.

Pero como yo estaba cansada, mi madre se puso a contarme historias de personas que había conocido tiempo atrás. Hablaba de una manera que yo no recordaba, como si hace muchos años le hubieran embutido un montón de sentimientos, observaciones y palabras, y con una voz susurrante y sin afectación. Yo me quedaba adormilada a ratos, y cuando me despertaba le pedía que volviera a hablar, pero ella decía:

–Vamos, Pispajo, tienes que descansar.

—¡Si estoy descansando! Por favor, mamá, cuéntame algo. Cuéntame cualquier cosa. Háblame de Kathie Nicely. Siempre me encantó ese nombre.

—Ah, sí. Kathie Nicely. Madre mía, qué mal acabó.

Éramos raros, los de nuestra familia, incluso en aquel pueblecito minúsculo de Illinois, Amgash, donde había otras casas destartaladas y que necesitaban una mano de pintura o unos postigos o un jardín, sin ninguna belleza en la que reposar la mirada. Las casas estaban agrupadas en lo que era el pueblo, pero la nuestra no estaba junto a ellas. Aunque se diga que los niños aceptan sus circunstancias como algo normal, Vicky y yo comprendíamos que nosotros éramos diferentes. Los demás niños nos decían en el patio de recreo: «Vuestra familia da asco», y echaban a correr apretándose la nariz con los dedos. A mi hermana le dijo su maestra de segundo –de-

lante de toda la clase— que ser pobre no era excusa para llevar porquería detrás de las orejas, que nadie era demasiado pobre para comprarse una pastilla de jabón. Mi padre trabajaba con maquinaria agrícola, pero lo despedían con frecuencia por desavenencias con el jefe, y después lo contrataban otra vez, supongo que porque era bueno en su trabajo y volvían a necesitarlo. Mi madre cosía en casa; un letrero pintado a mano donde el largo camino de entrada de nuestra casa se cruzaba con la carretera anunciaba: COSTURA Y ARREGLOS. Y aunque cuando mi padre rezaba con nosotros por la noche nos hacía dar gracias a Dios por tener suficiente para comer, la verdad es que muchas veces yo estaba muerta de hambre, y lo que cenábamos muchas noches era pan con melaza. Decir una mentira y desperdiciar comida siempre eran cosas que se castigaban. Por otra parte, en ocasiones y sin venir a cuento, mis padres —por lo general mi madre y por lo general en presencia de mi padre— nos pegaban impulsiva y vigorosamente, como creo que debían de sospechar algunas personas por las manchas de nuestra piel y nuestro carácter huraño.

Y el aislamiento.

Vivíamos en la zona de Sauk Valley, por donde puedes andar largo rato sin ver más que un par de vi-

viendas rodeadas de sembrados, y como ya he dicho, no teníamos casas cerca. Vivíamos con maizales y sembrados de soja que se extendían hasta el horizonte, y más allá del horizonte estaba la granja porcina de los Pederson. En medio de los maizales había un solo árbol, de una desnudez impresionante. Pensé durante muchos años que aquel árbol era mi amigo; y era mi amigo. Nuestra casa estaba al borde de un camino de tierra muy largo, no lejos del río Rock, cerca de unos árboles que servían para proteger los maizales del viento, así que no teníamos vecinos. Y en casa tampoco teníamos televisión, ni periódicos, ni revistas ni libros. El primer año de casada mi madre trabajó en la biblioteca del pueblo, y por lo visto –según me contó mi hermano más adelante– le encantaban los libros. Pero de repente en la biblioteca le dijeron a mi madre que habían cambiado las normas y que sólo podían contratar a una persona con la formación adecuada. Mi madre nunca les creyó. Dejó de leer, y pasaron muchos años hasta que fue a otra biblioteca de otro pueblo y volvió a sacar libros para llevarlos a casa. Cuento esto por la cuestión de cómo toman conciencia los niños de lo que es el mundo y de cómo actuar en él.

Por ejemplo, ¿cómo aprendes que es de mala educación preguntarle a una pareja por qué no tiene

hijos? ¿Cómo se pone la mesa? ¿Cómo sabes que estás masticando con la boca abierta si nunca te lo ha dicho nadie? Aún más: ¿cómo sabes qué aspecto tienes cuando el único espejo de la casa es uno minúsculo muy por encima del fregadero o si nadie te ha dicho nunca que eres guapa, pero tu madre sí te dice, cuando tus pechos empiezan a desarrollarse, que cada día te pareces más a una vaca de las del establo de los Pederson?

Hoy sigo sin saber cómo se las arregló Vicky. No estábamos tan unidas como podría pensarse. A las dos nos faltaban amigos y nos sobraban burlas, y nos mirábamos mutuamente con el mismo recelo que mirábamos al resto del mundo. A pesar de que mi vida ha cambiado por completo, al recordar ahora aquellos primeros años, a veces me da por pensar que no estaba tan mal. Quizá no. Pero otras veces, inesperadamente, cuando voy andando por una calle al sol o contemplo la copa de un árbol doblándose con el viento, o veo un cielo de noviembre encapotarse sobre el East River, me invade de repente un conocimiento de la oscuridad tan profundo que puede escapárseme algún sonido de la boca, y entro en la tienda de ropa más próxima para hablar con cualquier desconocida sobre la hechura de los jerséis recién llegados. Así debe de ser como nos manejamos

la mayoría de nosotros en el mundo, medio a sabiendas, medio sin saber, asaltados por recuerdos que no pueden ser ciertos. Pero cuando veo a los demás andando con seguridad por la calle, como si estuvieran completamente libres del terror, me doy cuenta de que no sé cómo son los demás. Hay mucho en la vida que parece pura especulación.

–Lo que le pasaba a Kathie –dijo mi madre–, lo que le pasaba a Kathie era que...

Se inclinó hacia delante en la silla y ladeó la cabeza con la barbilla apoyada en una mano. Fui dándome cuenta de que, durante los años en que apenas la había tratado, había engordado lo suficiente para que se le hubieran suavizado los rasgos. Ya no llevaba gafas de montura negra, sino beis, y el pelo pegado a la cara se había vuelto un poco más apagado, pero no gris, de modo que parecía una versión ligeramente más borrosa de cuando era más joven.

–Lo que le pasaba a Kathie es que era simpática –dije.

–No sé –dijo mi madre–. No sé lo simpática que era.

Nos interrumpió Galletita, la enfermera, que entró en la habitación con su carpeta, me sujetó la muñeca para tomarme el pulso, mirando al infinito, con los ojos azules perdidos. Me tomó la temperatura, echó un vistazo al termómetro, apuntó algo en mi historia y salió de la habitación. Mi madre, que había estado observando a Galletita, se puso a mirar por la ventana.

–Kathie Nicely siempre quería más. Yo pensé muchas veces que la razón por la que era amiga mía... bueno, no sé si se podría decir que éramos amigas de verdad, porque yo cosía para ella, y ella me pagaba, pero muchas veces he pensado que la razón por la que se quedaba en casa a hablar..., o sea, cuando le llegaron los problemas me hacía ir a su casa, pero lo que quiero decir es que siempre pensé que le *gustaba* que yo estuviera en unas circunstancias mucho peores que ella. A mí no tenía nada que envidiarme. Kathie siempre quería algo que no tenía. Tenía unas hijas preciosas, pero no era suficiente: quería un hijo. Tenía esa casa tan bonita en Hanston, pero no era lo bastante bonita: quería algo más cerca de una ciudad. ¿Qué ciudad? Ella era así. –Y después, arrancándose algo de la falda y entornando los ojos, añadió en

voz más baja—: Era hija única, y yo creo que eso tiene algo que ver, con lo egocéntricos que pueden ser.

Noté esa sensación entre fría y caliente de cuando te dan un tortazo de improviso: mi marido era hijo único, y mi madre me había dicho hacía mucho tiempo que esa «condición», como lo llamaba ella, al final sólo podía llevar al egoísmo.

Mi madre siguió hablando.

—Vamos, que tenía celos. No de *mí*, naturalmente, pero por ejemplo, quería viajar. Y su marido no era así. Quería que Kathie se conformase con quedarse en casa, viviendo del sueldo de él. Le iba bien, era el encargado de una granja de maíz para ganado. Llevaban una vida de lo más agradable, francamente. Cualquiera habría querido una vida así. ¡Pero si hasta iban a bailar a un club! Yo no he estado en un baile desde el colegio. Kathie venía a verme y yo le hacía un vestido nuevo solamente para ir a un baile. A veces llevaba a las niñas, tan monas y tan bien educadas. Nunca se me olvidará la primera vez que las traje a casa. Kathie me dijo: «Te presento a las guapas chicas Nicely». Y cuando yo empecé a decir: «Ah, desde luego, son preciosas», Kathie dijo: «No, es que las llaman así en el colegio de Hanston, las Guapas Chicas Nicely». Yo siempre he pensado en cómo se sentirá una, cuando te conocen como una Guapa

Chica Nicely. Aunque una vez –añadió mi madre, con su tono imperioso– pillé a una de ellas diciéndoles al oído a sus hermanas algo sobre nuestra casa, que olía raro...

–Son cosas de niños, mamá –dije–. Los niños siempre piensan que las casas huelen raro.

Mi madre se quitó las gafas, echó el aliento enérgicamente en las lentes y las limpió con la falda. Pensé que su cara parecía muy desnuda. No podía dejar de mirar su cara, que parecía tan desnuda.

–Y un día los tiempos cambiaron. La gente se cree que todo el mundo se volvió loco en los años sesenta, pero en realidad no fue hasta los setenta. –Reaparecieron las gafas (reapareció su cara), y añadió–: O a lo mejor los cambios tardaron más en llegar a ese poblacho nuestro. Pero un día Kathie vino de visita, y estaba muy rara, no paraba de reírse como una tonta... vamos, como una quinceañera. Tú ya te habías ido. A... –Mi madre levantó un brazo y movió los dedos. No dijo «al colegio» ni «a la universidad», y yo tampoco pronuncié esas palabras. Dijo–: «A Kathie le gustaba alguien que había conocido, yo lo tenía muy claro, pero ella no me lo soltó así. Tuve una visión... una *aparición*, para ser más exactos. Me vino allí mismo, mientras la miraba. Y al verlo, me dije: Uy, uy, Kathie se ha metido en un lío».

–Y se había metido en un lío –dije.

–Y tanto.

Kathie Nicely se había enamorado de uno de los profesores de una de sus hijas –por entonces iban las tres al instituto–, y empezó a ver a aquel hombre en secreto. Le dijo a su marido que tenía que realizarse más plenamente y que no podía hacerlo sujeta a las cadenas domésticas. De modo que se marchó, dejó a su marido, a sus hijas, su casa. Mi madre no se enteró de los detalles hasta que un día Kathie la llamó llorando. Mi madre fue a verla en coche. Kathie había alquilado un piso pequeño, y estaba en un asiento relleno de bolitas de poliestireno, mucho más delgada de lo normal, y le confesó a mi madre que se había enamorado, pero que en cuanto se marchó de su casa aquel tipo la dejó, le dijo que no podía continuar con lo que estaban haciendo. Al llegar a este punto de la historia mi madre enarcó las cejas, como si el asunto le causara gran perplejidad pero no le disgustara.

–El caso es que su marido se puso furioso y se sintió humillado y *no* dejó que volviera con él.

Su marido no la dejó volver. Se pasó más de diez años sin siquiera hablarle. Cuando se casó la chica mayor, Linda, recién acabado el instituto, Kathie invitó a mis padres a la boda, porque –según suponía

mi madre— en la boda no tenía a nadie más que se hablara con ella.

—Esa chica se casó tan rápido —continuó mi madre, hablando apresuradamente— que la gente pensó que estaba embarazada, pero yo no me enteré de que llegara ningún niño, y se divorció un año después y se fue a Beloit, según creo, a buscar un marido rico. Me han contado que lo encontró, creo. —Dijo que en la boda no paró de dar vueltas, toda nerviosa—. Daba tristeza verla. Evidentemente, nosotros no conocíamos a nadie, y saltaba a la vista que ella casi nos había contratado para que estuviéramos allí. Nos sentamos en las sillas... Recuerdo que en una pared de ese sitio, sí, el Club, un sitio de Hanston absurdo, muy fino, había un montón de puntas de flecha indias detrás de un cristal, y yo pensaba que por qué estarían allí, que a quién podían interesarle esas puntas de flecha..., y Kathie intentaba hablar con alguien pero en seguida volvía con nosotros. Es que ni siquiera Linda, toda peripuesta de blanco (y Kathie no me había pedido que le hiciera el vestido: la chica se lo compró ella), ni la novia le daba la hora a su madre. Kathie lleva viviendo en una casita a pocos kilómetros de la de su marido, su exmarido, casi quince años. Las chicas fueron leales a su padre. Cuando lo pienso, me sorprende que al menos le permitieron a

Kathie ir a la boda. De todos modos él nunca ha estado con nadie más.

–Debería haber dejado que Kathie volviera con él –dije, con lágrimas en los ojos.

–Supongo que se sentiría herido en su orgullo.

Mi madre se encogió de hombros.

–Al fin y al cabo, él está solo, ella está sola, y algún día se morirán.

–Es verdad –dijo mi madre.

Aquel día acabé angustiándome, por el destino de Kathie Nicely, mientras mi madre seguía sentada al pie de mi cama. Al menos así lo recuerdo. Sé que le dije a mi madre, con un nudo en la garganta y escozor en los ojos, que el marido de Kathie debería haber aceptado que volviera con él. Estoy segura de que dije: «Lo lamentaré. Te aseguro que lo lamentaré».

Y mi madre dijo:

–Me parece que es ella la que lo lamenta.

Pero quizá no fuera eso lo que dijo mi madre.